

su antojo los más viriles y resueltos corazones, como el imán atrae al más duro hierro. Las mujeres, cuando no otra cosa, ganaron el corazón del más sábio de los hombres, de Salomón, induciéndole á erigir templos, donde adoró los dioses de aquellas.»

A lo cual contestó Satan al punto de este modo: «Belial, inicualemente juzgas á los demás por tí mismo, porque ya desde un principio te prendáste de amor por las mujeres, admirando sus formas, su color, sus graciosos atractivos; y creer que no hay ninguno á quien no seduzcan semejantes dijes. Antes del diluvio, tú y los de tu temible hueste, llamados todos falsamente hijos de Dios, recorrísteis la tierra, fijando vuestras impúdicas miradas en las hijas de los hombres; os unisteis á ellas, y dísteis nacimiento á una poderosa raza. ¿No hemos visto, ó por lo ménos oído decir, cómo tiendes tus lazos en los salones y palacios de los reyes, lo mismo que en los bosques y arboledas, á orillas de la musgosa fuente, en el valle ó en el verde prado, para engañar á algunas raras bellezas? Calisto, Climene, Dafne, Semele, Antiope, Amimones, Syrinx, y otras muchas que sería muy largo enumerar, fueron víctimas de tus persecuciones. Tú las engañáste, tomando la forma de algunos héroes adorados, tales como Apolo, Neptuno, Júpiter, Pan, Sátiro, Fáuno ó Silvano; pero estas lides no agradan á todos. ¿Cuántos no habrá, entre los hijos de los hombres, que han desdeñado con ligera sonrisa la belleza y sus incentivos; y que supieron rechazar fácilmente sus ataques, fijando sus pensamientos en objetos más nobles! Acuérdate de aquel jóven conquistador que vino de Pella<sup>1</sup>; ya sabes con qué indiferencia miró á todas las hermosuras del Oriente, pasando entre ellas sin fijar su atención; recuerda también á aquel que recibió su nombre del Africa en la flor de su juventud y supo respetar á la hermosa doncella ibera<sup>2</sup>. En cuanto á Salomón, vivió entre el fausto y la abundancia, colmado de gloria y de riquezas, sin aspirar á mayor dicha que la de disfrutar de su elevada posición; por ello estuvo expuesto á las seducciones de las mujeres. Pero aquel con quien tenemos que habérmolas es mucho más sábio que Salomón, de un espíritu más elevado; y está dispuesto á realizar cumplidamente las más grandes empresas. ¿Qué mujer quieres encontrar, aunque fuese la maravilla y gloria de esta generación, en la que él se dignase fijar una mirada de deseo? Aun cuando, segura de sí misma, cual otra reina adorada en el trono de la hermosura, se presentase revestida de todos los atractivos propios para enamorar, así como Vénus, que con su ceñidor ganó el corazón de Júpiter, según cuentan las fábulas, una sola señal de su frente majestuosa, en la que parece resplandecer la virtud, avergonzaria á esa pobre criatura, disipando todos sus encantos. Abatiría su orgullo ó le transformaría en respetuoso temor. La belleza no inspira admiración sino á los espíritus débiles, que por ella se dejan cautivar; cesa de admirarla, y todas sus galas caen, convirtiéndose en trivial juguete; queda de pronto confundida á la primera mirada de desden. Por lo tanto, con medios más enérgicos debemos combatir su firmeza; con otros de más ostentación; con las dignidades, los honores, la gloria y el favor popular, esos escollos donde han naufragado á menudo los más grandes hombres. O bien convendría despertar en él los deseos

(1) Ciudad de Macedonia en la que nació Alejandro el Grande, el cual no hizo aprecio de las mujeres hasta pocos años antes de su muerte.

(2) Escipión el Africano. Habiéndole presentado sus soldados una doncella de extraordinaria belleza después de la toma de Cartago, mandó llamar á su amante, príncipe celtibero, y se la entregó, sin haber pensado en ofender su honor.

que pueden satisfacerse legítimamente, sin violar las leyes de la naturaleza. Yo sé que ahora le atormenta el hambre en un vasto desierto, donde no es posible encontrar alimento alguno: lo demás corre de mi cuenta, pues no dejaré de aprovechar toda ventaja, poniendo á prueba su firmeza tantas veces como necesario fuere.»

Calló Satan; y las ruidosas aclamaciones con que fueron acogidas sus palabras, hicieronle comprender que merecían la aprobación general. Sin detenerse un punto, formó una escogida hueste de espíritus, sus rivales en astucia, á fin de tenerlos á mano, dispuestos á presentarse á la primera señal, si se ofrecía una ocasión de hacer entrar en escena á diversos personajes. Cada uno de aquellos espíritus sabía su papel; y con ellos emprende Satan su vuelo hácia el desierto, donde noche tras noche, después de cuarenta días, aun ayunaba el Hijo de Dios. Padeciendo entonces hambre, por primera vez, decíase á sí mismo:

«¿Cuándo acabará esto? Por espacio de cuarenta días he recorrido este desierto laberinto sin probar ningún alimento y sin sentir apetito alguno: ni atribuyo á virtud semejante privación, ni como sufrimiento la considero; si la naturaleza no lo necesita, ó si la protección de Dios alimenta el cuerpo debilitado sin el auxilio de aquella, ¿qué mérito tiene el ayuno? Pero ahora me aqueja el hambre, lo cual indica que la naturaleza reclama lo que ha de menester. Sin embargo, Dios puede satisfacer esta necesidad de otro modo, aunque persista el hambre; y si esta me acosa sin perjudicar al cuerpo, por contento me daré, sin temer daño alguno de su aguijón. Sin cuidado estoy si me alimentan mejores pensamientos, porque alimentándome así, y á pesar del hambre, cumpliré mejor aún la voluntad de mi Padre.»

Era la hora de la noche cuando el Hijo de Dios se hablaba de este modo durante su silencioso paseo, yendo después á buscar reposo bajo la hospitalaria bóveda que formaban unos árboles estrechamente enlazados por sus copas. Allí se durmió, y tuvo unos sueños tales como suelen acosar á aquel á quien aqueja el hambre; es decir, que soñó manjares y bebidas, dulce alivio de la naturaleza. Parecía hallarse junto al arroyo de Cherith, y que veía á los cuervos de duro pico llevar á Elías su alimento por mañana y tarde, respetándolo á pesar de su natural voracidad. Vió también cómo el profeta había huido al desierto, donde se durmió bajo un enebro; cómo al despertar encontró su cena preparada sobre las brasas; y cómo fué invitado por el ángel para levantarse y comer, y comió por segunda vez después de haber descansado. Las fuerzas que cobró así le sostuvieron por espacio de cuarenta días: unas veces participaba Jesús del alimento de Elías, y otras, imitando al huésped de Daniel, probaba sus legumbres. Así pasó la noche: la alondra, mensajera del día, abandonó entonces su nido, remontándose por los aires para esperar la salida de la aurora y saludarla con su alegre canto. Tan ligeramente como ella, nuestro Salvador abandonó su lecho de césped, reconociendo al punto que todo había sido un sueño; en ayunas se había entregado al reposo y en ayunas se levantaba. Entonces se encaminó á una colina á fin de examinar desde su elevada cumbre el país vecino, para ver si divisaba alguna cabaña, algún redil de ovejas ó un ganado; pero no descubrió ninguna choza, ni rebaño ni redil; sólo divisó en el fondo de un valle un delicioso bosquecillo, donde gorjeaban ruidosamente las aves cantoras. Hácia allí enderezó su paso, con intención de reposar por la tarde, cobijándose á la sombra de aquellas vastas bóvedas de verdura, bajo las cuales se paseó, recorriendo las sombrías alamedas abiertas en medio de los solitarios bosques. Parecía el

conjunto obra de la naturaleza misma, pues está enseña al arte; y una mirada supersticiosa habria creído ver allí el asilo de las ninfas y dioses de la selva. Dirigia Jesús una mirada en torno suyo, cuando de pronto se presentó un hombre á su vista. No era un rústico, como la vez primera, ántes por el contrario, vestía un traje más aliñado, como el de un habitante de la ciudad, ó de un hombre que ha vivido en la córte ó en los palacios. Dirigióse al Hijo de Dios, y con expresivo decir, hablóle en estos términos:

«En uso del permiso concedido, vuelvo á presentarme respetuosamente; pero admirame ahora mucho más que el Hijo de Dios habite tanto tiempo esta salvaje soledad, falto de todo recurso, padeciendo hambre, como bien me consta. Otros personajes de cierta nota, segun la historia refiere, hollaron tambien este desierto: la criada fugitiva <sup>1</sup>, expulsada con su hijo de la casa de su amo, encontró aquí alivio, merced á un ángel protector: toda la raza de Israel hubiera perecido aquí de hambre, si Dios no hubiese hecho caer el maná del cielo; y aquel audaz profeta, natural de Tébas <sup>2</sup>; al vagar por estos lugares fué alimentado dos veces por una voz que le invitaba á comer. Durante cuarenta dias, nadie se ha cuidado de tí; has sido olvidado todo este tiempo y aún más.»

A lo cual contestó Jesús: «¿Qué deduces de aquí? Todos ellos tuvieron necesidad de comer; pero yo, segun ves, no la experimento.» «¿Cómo es, entónces, que te aqueja el hambre? replicó Satan; dime, ¿si te presentasen ahora alimento, no querrias comer?» «Eso seria segun quien me lo ofreciera,» contestó Jesús. «¿Y por qué dependería tu negativa de esta causa? repuso el sutil enemigo. ¿No tienes tú derecho sobre todas las cosas creadas? ¿No te deben todas las criaturas con justo título, obediencia y vasallage, estando obligadas á poner á tu disposicion todas sus fuerzas, sin esperar tus órdenes? No hablo yo de las viandas impuras, segun la ley, ofrecidas á los idolos, y que el jóven Daniel pudo rehusar; ni de las servidas por un enemigo; mas cuando aqueja la necesidad, ¿quién repara en escrúpulos? Mira, avergonzada la naturaleza, ó mejor dicho, turbada por que hayas padecido hambre, ha elegido entre todos los elementos sus más selectas provisiones á fin de regalarte cual conviene, á tí que eres su Señor: dignate sólo sentarte y comer.»

Y lo que decia no era un sueño, pues apenas acabó de hablar, levantando nuestro Salvador la vista, vió en un ancho espacio, bajo la inmensa bóveda del follaje, una mesa ricamente servida, á la usanza régia, cubiertá de platos, de los manjares más exquisitos y sabrosos, de caza de pelo y pluma, preparada en forma de pastel, hecha en el asador ó cocida con ámbar gris. Veíanse tambien toda clase de peces de mar y de rio, ó cogidos en algun arroyo de suave murmullo; ostras y conchas de las especies más buscadas, por las cuales se habia agotado el lago Lucrino, el Ponto y la costa de África. (¡Ah! ¡cuán vulgar era, comparada con todos estos delicados manjares, aquella manzana cruda que tentó á Eva!) Y más allá, junto á un rico aparador cargado de vinos de agradable fragancia, mantenianse en buen orden jóvenes servidores de esbelto talle, ricamente vestidos y de más frescos colores que los de Ganimedes ó de Hilas. A corta distancia, debajo de los árboles, formaban vistosas danzas, ó permanecian graves, las Náyades y las ninfas del cortejo de Diana; llevaban frutos y flores en cuernos de la

(1) Agar é Ismael.

(2) El profeta Elias, á quien por dos veces ofreció manjares el ángel del Señor en el desierto de Horeb, á dónde se habia retirado huyendo del rey Acab.

abundancia; Hespérides más bellas aún que las representadas en las fábulas, ó las que encontraron en los solitarios bosques los caballeros de Logres ó de Lyons, Lancelot, Pelleas ó Pelles <sup>1</sup>. Y entre tanto, oíanse armoniosas melodías producidas por instrumentos de cuerda ó por dulces flautas; y de un lado y otro revoloteaban ligeros céfiros, de cuyas alas se desprendian los más suaves perfumes de la Arabia ó de las más lozanas flores. Tal era el conjunto de aquel espléndido festin; y el Tentador repitió su invitacion de esta suerte:

«¿Por qué el Hijo de Dios vacila en sentarse y comer? Estos no son frutos prohibidos; ninguna ley veda el tocar á estas puras viandas; el hecho de probarlas no supone el conocimiento del mal, sino que preserva la vida, aniquila al enemigo, al hambre, proporcionando un placer que restaura agradablemente las fuerzas del cuerpo. Todos estos que ves, espíritus son del aire, de los bosques y de las fuentes, dóciles servidores tuyos que han venido á rendirte pleito homenaje y reconocer en tí á su Señor. ¿Por qué tardas, pues, Hijo de Dios? Siéntate y come.»

A esto contestó Jesús con mesura y moderacion: «¿No dices que tengo derecho sobre todas las cosas? ¿Y quién se opone á que haga uso de él? ¿Debo recibir acaso como donativo lo que me pertenece? Puedo mandar dónde y cuando lo juzgue oportuno; á mi antojo puedo, no lo dudes, y tan pronto como tú, disponer que me pongan una mesa en este desierto, y llamar á las rápidas legiones de ángeles coronados de gloria, para que me sirvan y me presenten la copa. ¿Por qué te has de anticipar á mis deseos con esa oficiosidad inútil, puesto que no ha de ser aceptada? ¿Y qué tienes tú que ver con mi hambre? Yo desprecio tus pomposos goces, y por artificios tengo tus especiosas dádivas.»

Desconcertado Satan, replicó: «Ya ves, sin embargo, que tambien yo tengo poder para dar. Si por él te ofrezco voluntariamente lo que hubiera podido conceder á quien se me antojase, y si prefiero satisfacer con oportunidad en este sitio tu aparente necesidad, ¿por qué no has de aceptar mis servicios? Pero veo que cuanto pueda hacer ú ofrecer es sospechoso; otros dispondrán sin vacilar de todas estas cosas, que con trabajo se habian ido á recoger muy léjos.» Al pronunciar estas palabras, mesa y manjares se desvanecieron completamente, y se oyó un rumor semejante al producido por las alas y las garras de las harpias. El importuno Tentador se quedó solo y con las siguientes palabras continuó su pérfida obra:

«El hambre, que doma á todos los séres, no te ocasiona dolor alguno, y por consiguiente no te impresiona; además de esto, tu sobriedad es invencible, pues no permites al apetito ejercer influencia en tu voluntad. Todo tu corazon aspira á elevados designios, á grandes acciones; pero ¿de qué manera las llevarás á cabo? Las grandes empresas requieren poderosos medios: desconocido, sin amigos, y de oscuro nacimiento, pasas por hijo de un carpintero; te has criado en la pobreza y la estrechez en tu morada, y estás perdido en este desierto, sufriendo hambre. ¿Por qué camino, ó por qué esperanza aspiras tú á la grandeza? ¿En qué autoridad te apoyas? ¿Qué sectarios, qué partidarios puedes ganar? ¿Piensas por ventura que la inconstante multitud siga tus pasos más tiempo del que tú podrás alimentarla á tus expensas? Con el dinero se adquieren honores y amigos y se conquistan reinos. ¿Qué, sino el oro, encumbró á Antipater, el Idúmeo, y colocó á su hijo Herodes en el trono de Judea, ese trono que te pertenece, permitiéndole adquirir poderosos amigos? Si

(1) Héroes fabulosos de las leyendas caballerescas de la edad media.

quieres, pues, llegar á grandes cosas, comienza por reunir riquezas y bienes, y acumular tesoros, lo cual no te será difícil si mis consejos sigues. Las riquezas son mías; en mi mano está la fortuna; aquellos á quienes favorezco, prosperan y se enriquecen muy pronto; mientras que la virtud, el valor y la sabiduría quedan sumidos en la indigencia.»

A cuyas palabras contestó Jesús sin impacientarse: «Sin embargo, la riqueza, sin estas tres virtudes, es impotente para alcanzar el predominio, ó conservarle cuando se adquiere. Testigos de ello son aquellos antiguos imperios de la tierra, que se aniquilaron en el apogeo de su prosperidad, al paso que los hombres dotados de esas virtudes, aun sumidos en la mayor pobreza, se distinguieron á menudo por los más grandiosos hechos. Tales fueron Gedeón, Jefté, y aquel jóven pastor, cuya raza ocupó tantos siglos el trono de Judea, y que debe subir á él de nuevo para reinar sin fin en Israel. Entre los paganos (pues no ignoro los hechos dignos de memoria que se han llevado á cabo en el mundo), ¿no te acuerdas de Quinto Fabricio, de Curcio y de Régulo? Yo estimo los nombres de esos varones que á pesar de su pobreza, pudieron hacer grandes cosas y despreciar las riquezas, aún siendo estas ofrecidas por mano de los reyes. ¿Y por qué he de ser incapaz, á despecho de mi indigencia, de llevar á cabo lo que ellos han hecho, y acaso más? No ensalces, pues, las riquezas, objeto del afán de los necios, embarazosas para el sábio, cuando no un lazo más propio para debilitar la virtud y aniquilar su energía, que para impelerla á hacer lo que merece aprecio. ¿Qué mucho si rechazo las riquezas y los reinos con semejante aversión? No porque una corona, que aunque resplandeciente de oro sólo es tejido de espinas, no lleve consigo peligros, tribulaciones, cuidados y noches de insomnio para el que ostenta la diadema real, cuando sobre sus hombros carga el peso de todos, pues tal es el deber de un rey; su honor, su virtud, su mérito y principal gloria consisten en llevar ese peso para bien del pueblo. No obstante, el que reina en sí mismo, el que gobierna los deseos, los temores y las pasiones, es aún más rey; esto es lo que alcanza todo hombre sábio y virtuoso; y el que no lo consigue, mal hace en aspirar á regir las ciudades de los hombres ó de las multitudes turbulentas, mientras reina la anarquía en su corazón ó alimenta mezquinas pasiones que le esclavizan. Conducir á las naciones por la recta senda con saludables doctrinas, llevarlas del error á la verdad, é inducir las á rendir á Dios un culto noble y puro, es todavía más digno de un rey. Hé aquí lo que eleva el alma, lo que gobierna al hombre interiormente, esto es, en la más noble parte de nosotros mismos. Ese otro poder que sólo sobre el cuerpo domina, y por la fuerza á menudo, no puede servir de verdadera satisfacción al hombre generoso que así reina. Además, siempre se consideró como acción más noble y gloriosa dar un reino que usurparlo, y como mucho más magnánimo renunciar á una corona que aceptarla. Las riquezas son, pues, supérfluas, tanto por sí mismas como para el objeto que, según pretendes, deben buscarse, para adquirir un cetro, que con frecuencia vale más rehusar.»

(1) Nobles romanos que adquirieron una justa celebridad por haber sacrificado voluntariamente su vida en pró de su patria.

## LIBRO TERCERO

### ARGUMENTO

Pronunciando un discurso por demás lisonjero y encomiástico, Satan procura despertar en Jesús la ambición de gloria; al efecto cita algunos ejemplos de conquistas realizadas, y de actos heroicos llevados á cabo por varios hombres en un remoto período. Nuestro Señor contesta demostrando la vanidad de la gloria mundana, y los impropios medios con que se alcanza generalmente, poniéndola en parangón con la que se adquiere por la resignación religiosa y la virtuosa sabiduría, personificadas en Job. Satan justifica el amor á la gloria por el ejemplo de Dios mismo, que la requiere de todas sus criaturas. Jesús patentiza la falacia de este argumento, probando que, como la bondad es el verdadero terreno donde se alcanza la gloria para el gran Criador de todas las cosas, los hombres pecadores no tienen de ningún modo derecho á ella. Satan excita entónces á nuestro Señor á reclamar su derecho al trono de David; dicele que siendo el reino de Judea en aquella época una provincia romana, no podría apoderarse de él sin grandes esfuerzos por su parte; y le insta á que se apresure á reinar. Jesús le contesta, que así ésta como todas las cosas, debe realizarse á su tiempo debido; y despues de indicar algo acerca de sus propios padecimientos, pregunta á Satan por qué se muestra tan solícito por el encumbramiento de aquel cuya elevación tiene por objeto la derrota de su enemigo. Satan replica, que como su situación es tan desesperada, poco puede ya temer; y que debiendo ser igualmente castigado por su falta, preferia reinase Aquél de cuya aparente benevolencia podía esperar más bien alguna intervencion en su favor. El Enemigo prosigue con sus primeras instigaciones; y suponiendo que la marcada repugnancia de Jesús á engrandecerse podría ser debida á no conocer el mundo ni sus glorias, condúcele á la cima de una alta montaña. Desde allí le muestra la mayor parte de los reinos del Asia, llamando particularmente su atención sobre ciertos extraordinarios preparativos guerreros de los Partos para resistirse á las incursiones de los Escitas. Manifiesta despues á nuestro Señor, que le enseña aquello expresamente á fin de que pueda ver cuán necesario es el empleo de las armas para conservar los reinos, así como para someterlos en su origen; aconséjale considere cuán imposible era defender á Judea contra dos vecinos tan poderosos como los Romanos y los Partos, y cuán necesario seria aliarse con uno ú otro de ellos. Al propio tiempo le recomienda la alianza de los segundos, comprometiéndose á proporcionársela; asegúrale que por este medio podrá defender su poderío de todo cuanto intentáren contra él Roma ó César; que le es dado extender su gloria por dó quiera, y especialmente realizar lo que era necesario sobre todo para que el trono de Judea fuese en realidad el de David, es decir, libertar y restablecer las diez tribus, que aun estaban cautivas. Jesús despues de hacer algunas ligeras observaciones acerca de la vanidad de los aparatos guerreros y de la debilidad del brazo humano, añade, que cuando llegue la hora de ocupar el trono que le está destinado, no vacilará un momento. Admirase luego del extraordinario interés que manifiesta Satan por la libertad de los Israelitas, de quienes habia sido siempre al parecer enemigo, y declara que su esclavitud es la consecuencia de su idolatría; pero que en una época futura podría ser del agrado de Dios volver á llamarlos y restituirles su independencia y país natal.

Así habló el Hijo de Dios. y Satan enmudeció algunos instantes sin saber qué decir ni replicar, confuso y convencido de la debilidad de sus argumentos y de la falacia de su discurso; pero al fin, apelando á todas sus astucias de serpiente, contestó con estas aduladoras palabras:

«Ya veo que sabes cuanto se debe saber, que dices lo que mejor puedes decir, que haces lo que mejor puedes hacer. Tus actos concuerdan con tus palabras, y estas expresan los levantados sentimientos de tu noble corazón, imagen perfecta de la bondad, de la sabiduría,